



www.loqueleo.com/ec

© 2019, Patricia Enderica Espinosa

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-353-9

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Octubre 2019

Dirección editorial: María Soledad Jarrín

Edición: Mauricio Montenegro

Ilustración: Paola Karolys y Gabriel Karolys

Corrección de estilo: Andrea Almeida Villamil

Diagramación: Sandra Corrales H.

Autoría de actividades: Magdalena Nermalceff

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

La Noche de Piedra

El misterio de las gárgolas

Patricia Enderica Espinosa



loqueleo

*«La mejor vida no es la más larga,
sino la más rica en buenas acciones».*

MARIE CURIE

*«Nuestra mayor debilidad
radica en renunciar.
La forma más segura de tener éxito
es intentarlo siempre una vez más».*

THOMAS A. EDISON

Capítulo 1

—¿Ya llegamos, mamá? —preguntó Alejandro, adormilado, desde el asiento trasero del auto. 11

—Falta poco, cariño, ¡pero si me lo has preguntado cientos de veces! —contestó su mamá un tanto irritada—. Ten paciencia que no tardamos en llegar.

Luego de viajar casi seis horas, y no haber parado nada más que un par de veces para almorzar y buscar un baño, al fin encontraron el primer letrero que les daba la bienvenida al pueblo de San Jacinto, y Alejandro suspiró aliviado. El aburrimiento lo estaba matando.

Hasta ese momento todo lo que sus ojos divisaban a través de la ventana del auto era verde, verde y más verde. No obstante, luego de saber que por fin habían llegado a su destino, Alejandro comenzó a notar que aquel verde aburrimiento, que atiborraba sus ojos, iba adquiriendo tonalidades más claras y más oscuras, y que tomaba forma de pasto, arbustos y árboles.

El pueblo de San Jacinto no era tan grande. A pesar de ello, para llegar a la casa de la abuela tenían que atravesarlo por completo. No la habían visitado desde hacía mucho tiempo. La última vez que la habían visto fue en el funeral del abuelo; desde entonces, se habían mantenido distantes. Alejandro casi no recordaba el camino a la vieja casa de madera en la que solía jugar al escondite. Claro que en ese tiempo tenía el tamaño

ideal para ocultarse en la mayoría de lugares geniales. Así, se escondía en el cesto de la ropa sucia, la alacena, el horno, entre las cajas de la bodega y hasta en el gallinero. Lo cierto es que no salía de donde estaba hasta que el abuelo, que se agotaba con facilidad debido a sus gastados pulmones, daba con él o declaraba su rendición. La segunda opción solía ser la más común.

13

Pasaron junto a la tienda de don Bolo, de donde provenía un exquisito olor a pan recién horneado que le recordó al estómago de Alejandro que la hora de la cena estaba por llegar. Luego doña Cata, la dueña de la frutería, saludó agitando la mano tan efusivamente como si en lugar de huesos tuviera resortes. Daba la impresión de que todos los conocían y que se alegraban de volver a verlos. Así siguieron el camino,

saludando al zapatero, al policía, a la costurera...

En San Jacinto todos eran amigos y, aunque no vivieran en casas aledañas, siempre se llamaban «vecino» o «veci», como era la costumbre de los más jóvenes.

14

A la abuela de Alejandro siempre le gustó vivir apartada del bullicio de la gente, prefería escuchar el trinar de las aves y disfrutar de la paz que el campo ofrece. Solía decir que le bastaba la compañía del abuelo, que tenía suficiente con sus ocurrencias e inventos. Y no porque él hubiera sido un inventor o científico, sino porque le encantaba componer canciones de cualquier situación cotidiana: que si la abuela madrugaba a comprar el pan, si una gallina se escapó, si el nieto envió una carta..., en fin, todo suponía un buen motivo para cantar. Pero no lo hacía solo; lo acompañaban su guitarra y su fiel perro Rufo, que desapareció el

mismo día en que él murió. La abuela, a pesar de que ya no contaba con su compañero de vida, y de los múltiples esfuerzos de su hija por llevársela con ella, decidió quedarse en su solitaria casa.

Ya habían atravesado más de la mitad del pueblo cuando llegaron a la plaza de la catedral. Alejandro se acercó a la ventana y bajó el vidrio para sacar la cabeza. Detuvo su mirada sobre las figuras de piedra que adornaban el muro que rodeaba la iglesia.

15

—Son gárgolas, Alejandro —dijo su madre mirándolo por el retrovisor—. ¿Asombrado?

—Sí, mamá, ya sé lo que son, ¡no tengo cinco años!

—Disculpe, «señor sabelotodo», olvidé quién es el experto en monstruos, misterios y espantos.

—¡No son monstruos, mamá! Es arte gótico. Y no son gárgolas comunes y corrientes, estas son diferentes y... un tanto